

HOMO NOMINANS, HOMO LUDENS, HOMO SAPIENS

Laura Borràs Castanyer
Universitat de Barcelona

“A connoistre fol ne convient pas prendre labour”

Cassirer dijo que la memoria de un hombre es una resurrección del pasado que implica un proceso constructivo y creador. Opina Robert Hughes¹, que la vida es un producto de la imaginación. Lo cierto es que todos los grupos humanos aspiran a entender y a entenderse desde su realidad y el proceso de resurrección cultural que se cifra en ella, pero también desde la imaginación. Como ha apuntado la antropóloga Dolores Juliano, desde un punto de vista social, siempre se generan sistemas lógicos que permitan dominar conceptualmente el entorno e interiorizar un determinado sistema de roles². Me propongo tratar de analizar aquí el valioso caudal de información que proporcionan formas breves y tradicionales como las sentencias y proverbios respecto de una realidad tan compleja como la de la locura en la Edad Media. Y para ello, en efecto, es necesario organizar y sintetizar los datos de la experiencia llevando a cabo una interpretación de todos los elementos que la constituyen. Dicha experiencia se transmitió durante mucho tiempo de manera oral. A partir de los textos orales que presentamos se puede reconstruir el conocimiento de una realidad y de un grupo social muy concreto, el de los locos medievales. Y todo a partir de palabras que vienen de muy lejos. Palabras que han ido rodando por las centurias y se han ido llenando de significado, de poder creativo, de capacidad ordenadora de la experiencia de los hombres. La literatura oral nos introduce en la palabra, en el ritmo y en los símbolos, nos despierta el ingenio y, además, no es sólo el producto de la imaginación y de la fantasía, sino que posee a menudo una funcionalidad que la hace útil para la vida³. Es esta funcionalidad la que opera como vehículo de emociones, de formas, de estructuras que nos integran en una cultura creada colectivamente.

¹ Hughes, *Culture of Complaint: The Fraying of America* (New York, 1993) p. 13.

² Juliano, “Cultura popular”, *Cuadernos de Antropología* 6 (1986) p. 35.

³ Jean Markale, *La sagesse de la terre* (París: Payot, 1978).

Homo nominans

Homo nominans porque, después de todo, modelamos nuestras identidades y nuestros mundos a través de representaciones, la principal y primigenia de las cuales es el lenguaje. Michel Foucault ha descrito en *Las palabras y las cosas* de qué manera la teoría del verbo explicaba cómo podía desbordarse el lenguaje más allá de sí mismo y afirmar el ser del hombre. La búsqueda de las primeras *designaciones* del lenguaje hizo surgir, en el corazón más silencioso de las palabras, de las sílabas, de los sonidos mismos, una representación dormida que formaba algo así como el alma olvidada y que era necesario hacer salir a la luz, para una mayor justeza de pensamiento, para un poder más maravilloso de la creación literaria⁴. Y es que la empresa de encerrar todo discurso posible en el frágil espesor de la palabra no es vana ni banal. En la minúscula y material línea negra trazada por la tinta sobre el papel se resuelve toda la fuerza de saber que quien ostenta la palabra, quien elabora y posee el discurso reúne todo el lenguaje: ordena el mundo. En el Medioevo la interpretación iba del mundo a la Palabra divina que se descifraba en él. Nuestro modo de interpretación, constituido en el siglo XIX, va de los hombres, de los conocimientos o de las quimeras, a las palabras que los hacen posibles, y lo que descubre es que nosotros estamos, antes aún de la menor palabra, dominados y transidos por el lenguaje⁵.

El lenguaje, este primero y supremo instrumento que el hombre construye para comunicar, enseñar, mandar; por el que distingue, determina y constata, finalmente, para decirlo en una palabra: nombra; es decir, levanta las cosas al dominio del espíritu⁶. La palabra nunca es sorda. Transmite símbolos y ecos de mitos y de ritos remotos, huidos de la conciencia y de la percepción cultural del hablante. Lo que pensamos, lo que nombramos, es siempre el producto de lejanas experiencias y creencias (a menudo irre recuperables) de nuestros antepasados. Situándonos en nuestro contexto específico, sabemos que, en la Edad Media, la vida era una especie de aventura peligrosa en la que el maleficio acecha por doquier, omnipresente, en un mal encuentro por un camino, en el bosque o en cualquier sendero. La fascinación y la maldad vigilan cada paso, los bosques están poblados de ogros, brujas, hombres salvajes, gnomos, diablos que se esconden bajo los ropajes de un viajero, de un señor desconocido, de un loco, tal vez. Son éstas proyecciones sociales antes que fantásticas, miedos colectivos fijados y exorcizados en parte en las creencias, leyendas o fábulas, y un clima en el cual lo puro y lo impuro, lo sagrado y lo sacrílego, lo santo y lo diabólico, pertenecen a áreas de ambigua continuidad, prácticamente no discernibles. La existencia humana estaba entonces dominada por el miedo. El hombre, por convicciones ancestrales, se sentía una criatura en manos del demonio, amenazado permanentemente por desventuras. La magia, especialmente la lingüística, servía para dominar la realidad hostil y para no ser subyugado. La razón moderna ha expulsado de una naturaleza poblada de espíritus malignos y benignos a las fuerzas que protegían o dañaban. El hombre educado en la filosofía, en la razón, en la ciencia, ha desnudado a la naturaleza del animismo que la compenetraba. Expulsados de los bosques, de los estanques solitarios, de las tempestades, todos esos espíritus huyeron acuciados por esa razón devastadora. Los locos también: abandonado su libre deambular hacia ninguna parte, a finales de la Edad

⁴ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, 1966, p. 327.

⁵ Foucault, *Las palabras y las cosas*, p. 292.

⁶ Johan Huizinga, *Homo ludens* (Madrid: Alianza Editorial, 1998) p. 37.

Media aparece con fuerza aquel que ha de ser su nuevo espacio: el sanatorio, el encierro, una nueva forma de exclusión física que los condena a la invisibilidad, y eso también se traduce en el lenguaje. Desaparecidos gnomos, hadas, demonios que vagaron por la tierra, de día y de noche, durante la vigilia del sueño de los hombres, también desaparecen sus rastros en las imágenes del lenguaje que los nombra.

No en vano es a través de los nombres del mundo⁷, mediante la palabra, como afloran los mitos, las fábulas y leyendas, se mueven mundos perdidos y criaturas fantásticas. Por eso debe procederse a una valoración de las voces anónimas, como la de los proverbios, voces ligadas al descubrimiento del propio entorno. Porque estas voces fijadas en la forma del proverbio son palabras que conforman la expresión de la lenta mirada de los hombres sobre las cosas, dejan entrever sombras que constituyen los delirios de una colectividad, o la proyección de sus difíciles codicias. Viejas palabras que nos hablan de la realidad y la imaginación. Porque, después de todo, la cultura se construye a partir de esa paulatina y reposada mirada sobre las cosas. Una mirada tranquila que no deja de aportar materiales a la imaginación para que ésta se atreva a volverlos a combinar, nuevamente, como si de un juego se tratara: el juego fascinante de trastocar el universo sólo para obtener la posibilidad de recomponerlo a imagen y semejanza de nuestros propios sueños. Y la cultura se constituye en conciencia de la colectividad a través de la palabra. Del juego de la palabra, que se convierte en proceso de cohesión, instrumento de identificación colectiva, un proceso mediante el cual quizás seamos capaces de atribuir significado a nuestras quimeras.

Sin embargo, la palabra que ordena el mundo también sirve para ubicarse en él. Los grupos sociales marginados, como el colectivo de los dementes en la Edad Media, son designados por el lenguaje en oposición a los cuerdos, que los nombran, los marginan y los excluyen porque el valor conceptual de una palabra se codetermina por aquella otra que expresa lo contrario⁸. La anomalía se define en relación a las creencias recibidas y a los comportamientos considerados “usuales”. De este modo, la figura del insensato expresa en estado bruto tanto los rechazos como las aspiraciones de una sociedad. Desde la noche de los tiempos, el desorden mental ha sido una cuestión inquietante y misteriosa. Sin duda, esta inquietud y este misterio provienen de la misma noción de diferencia. He intentado argumentar en otro lugar las bases de esta estética de la marginalidad basándome en el hecho de que la locura es, en cualquiera de sus manifestaciones, una desviación del código social, moral y discursivo⁹. Esta diferencia se convierte, progresivamente, en exclusión, por lo que los hombres de la Edad Media intentaron aislar y señalar muy claramente a los afectados a través de un determinado número de emblemas, entre los que hallamos: la tonsura (total, parcial, irregular o en forma de cruz); una vestimenta especial (colores vivos, formas deshilachadas o desnudez absoluta), y unos atributos que, por sí solos, no tienen ningún significado especial, pero que, agrupados y contextualizados, acabarán siendo propios del loco (mazas, cetros, vejigas hinchadas, capuchones...). Éstos son, todos, signos de infamia, cuya misión era permitir a la población “normal” el reconocimiento de un grupo o colectivo “especial o anormal”, como se quiera: los locos. La locura medieval se deduce

⁷ Tomo prestada la expresión del título del libro de Gian Luigi Beccaria, *I nomi del mondo. Santi, demoni, folletti e le parole perdute* (Einaudi: Torino, 1995).

⁸ Huizinga, *Homo ludens*, p. 97.

⁹ Borràs Castanyer, *Més enllà de la raó. Formes de la follia a l'Edat Mitjana* (Barcelona: Quaderns Crema) de próxima aparición.

de los delirios del discurso de la persona que la sufre, pero, sobre todo, de las aberraciones de su comportamiento. Todavía más, en un universo espiritual como el de la Edad Media, donde toda significación se reviste de signos visibles y de símbolos, la locura se designa a sí misma ostentando marcas tradicionales y cubriéndose de atributos alegóricos, que, además de manifestarla, le permiten tener su lugar en la organización jerárquica de la sociedad, presentándose así, con sus emblemas distintivos, como un verdadero *status* entre la multitud de los “*états du monde*”. Tonsurado, vestido descuidada y groseramente, desfigurado y con la maza al hombro, el loco, singular *homo viator*, está dispuesto a emprender su odisea particular.

Nuestra pequeña odisea nos llevará a reflexionar sobre los proverbios que le significan para, a fin de cuentas, tratar de conocer un poco más a la sociedad medieval a través de sus pautas de comportamiento respecto a estos individuos que desprecia, sacraliza o demoniza.

Homo ludens

Hemos hablado del lenguaje como creador y ordenador de mundos, y, sin embargo, a menudo se olvidan los aspectos lúdicos de la lengua y, a pesar de ello, el juego es lo que nos introduce en la cultura. Existe una relación profunda entre lenguaje y placer. De hecho, según Huizinga, todo el hacer del hombre no es más que un jugar, “la cultura humana brota del juego y en él se desarrolla¹⁰”. El *homo sapiens* nombra porque así controla la realidad que le rodea a través de las palabras, pero, a veces, esas palabras que llegan de lejos toman la forma de una sentencia, de un acertijo, de una canción de cuna o de una adivinanza. El caso de la adivinanza, por ejemplo, significa siempre una propuesta de exploración de la realidad por los caminos del enigma, por los caminos del lenguaje, de la imagen poética. Su mismo enunciado es siempre un reto. En su estructura hallamos fórmulas de introducción, elementos desorientadores y fórmulas de conclusión¹¹. La conjunción de ambos elementos conduce hábilmente a la pugna intelectual, al rompecabezas del silogismo. Se trata de una búsqueda reflexiva, de una exploración de la realidad por la vía del pensamiento. Porque el enigma es siempre un desafío a la curiosidad. Los juegos de palabras, trabalenguas, refranes o sentencias contienen un elevado valor pedagógico tanto por su valor estético como funcional. Se trata de rimas y fórmulas orales que se transmiten, que divierten, que conducen a la maduración mental, puesto que facilitan la superación de dificultades fonéticas, en algunos casos, despiertan el ingenio mental, en otros o, simplemente, como es el caso de las afirmaciones contenidas en los proverbios, que aún siendo a-científicas, reúnen datos muy valiosos sobre la mentalidad de la época, sobre los inverificables “se dice...” que revelan todo un estado del espíritu.

Mi propuesta de hoy es un paseo del *homo nominans* al *homo ludens* para dar, a fin de cuentas, con el *homo sapiens*, aunque quizás debería decir *insipiens*. Me explico, el hombre crea con el lenguaje, juega con ese lenguaje, se significa y significa a los que le rodean. Pero también margina, con ese lenguaje, y también designa sus miedos y sus temores. El pretendido *homo sapiens* se ve amenazado por esa figura extraña e inquietante que es el loco. Se trata de una especie de vértigo que concierne a la

¹⁰ Huizinga, *Homo ludens*, “Introducción a modo de prólogo”, p. 28.

¹¹ J.L. Gárfer y C. Fernández, *Adivinancero popular español* (Madrid: Taurus, 1983) p. 20.

estabilidad de nuestra propia identidad, a la justificación de la norma de comportamiento admitida por el grupo y a la incapacidad de racionalizar el comportamiento desviado de ese otro que es el demente, pero que podríamos ser nosotros. La locura, en tanto que comportamiento desviado e irracional, es desestabilizadora para el grupo, desestructurante para el individuo y portadora del peligro terrible de poner en entredicho la norma¹². La demencia engendra un sentimiento irrefrenable de inseguridad, fruto de la reacción ante el miedo a lo desconocido y, lo que es peor, el miedo al contagio, a poder ser semejante a ese rostro descarnado que quizás nos mira desde el otro lado del espejo. Y el lenguaje que se pone en circulación hace las veces de conjuro, de auto-justificación para determinadas conductas de rechazo, de juego de ridículo que pretende, en último término, reconocernos como “individuos otros”, distintos, ajenos a su locura. Así, hallamos proverbios que expresan significativamente esa voluntad de distanciamiento, (“*Bone jornee fait qui de fol sedelivre*”), que expresan desconfianza, (“*De fol l'on doit se garder*”, “*De fol et d'enfant garder se doit len*”, “*De fol se deit len garder*”), que justifican la violencia que se les inflige como algo que ellos desean (“*Fous aime tençon*”, “*Fous et felons ne pueent avoir paiz*”, “*Geu de fol n'est prouz, car il fert tot*”, “*Li fous ne prent garde ou il fert*”), que remiten al desorden lingüístico que les es propio como un artificio de la demencia (“*Bele parole fet fol liē*”, “*Belle promesse fait fol lyē*”, “*De bele parole se fet fos toz liez*”, “*De bele promesse se fet fous tout liē*”, “*De bel parler est fous avers*”, “*Fous dit kenques a la bouche li vient*”), que hablan de su aspecto físico, (“*A cognostre qui est folz n'estuet pas [prendre] cloche au col*”, “*Li fou[s] est coneüs sans campene*”, “*Il ne convient pas a fol qu'on li pende cloche au col*”, “*Il n'est mestier de pendre campene a coul a foul*”), de sus atributos, (“*Au plus fol la machue*”, “*A foul fourmaige*”), etc. Las distintas acepciones semánticas del vocablo *fol* que quedan recogidas en la sabiduría popular que expresan los proverbios, tienen que ver con un loco que es estúpido, ignorante. Esta caracterización del demente como necio o ignorante es una de las figuras tradicionales en los proverbios y en las sentencias. Un loco que se define por ausencia de sapiencia, de razón. Con este valor gnómico, el *fol* no es otro que el *stultus* de los Libros Sapienciales de la *Biblia*, opuesto antinómicamente al sabio¹³.

Homo nominans, homo ludens, homo sapiens. Este último juega a ser diferente, juega a nombrar un espacio diferente para el loco: su semejante, su alteridad. Y a menudo vehicula esa diferencia a través de la risa, del humor, de la sátira y la ironía. En efecto, lo ha señalado Huizinga, lo cómico guarda estrecha relación con lo necio. El loco tiene también un importante aspecto lúdico, no sólo por los desórdenes de su lenguaje, que le hacen risible a los ojos de la sociedad, sino porque también sirve para entretener, *sub specie* bufón¹⁴. Pero el juego, dice Huizinga, no es necio. Está más allá de toda

¹² Es el caso de J. Hochmann, “Les effets secondaires indésirables de l’hospitalisation en psychiatrie”, *Psychologie médicale* (1987) 19, 3 o E. Zarifian, *Les jardiniers de la folie* (París: ed. O. Jacob, 1988) pp. 9-10 o, del mismo autor, “Dangers et risques en psychiatrie”, *Psychiatrie Française*, 18, núm. 2 (marzo-abril, 1987).

¹³ Al final del artículo transcribo más de 100 proverbios relacionados con el motivo de la locura y que expresan toda esta riqueza semántica de la que venimos hablando y que traté de manera específica en “El campo conceptual de la locura en la Edad Media. Los problemas de traducción de *fol* i *folie* en francés antiguo”, *Actas de las I Jornadas Internacionales de Traducción de las Literaturas Medievales*, Granada (Granada: Universidad) en prensa.

¹⁴ El bufón es el loco que representa una cierta institucionalización de la locura, que lleva la locura a escena y hace el papel de loco en el gran teatro de la vida. Sin embargo, si existe una verdad en

oposición entre sensatez y necesidad. Sin embargo, también el concepto de necesidad ha servido para expresar la gran diferencia entre los estados de ánimo. En el habla de la Edad Media, la pareja de palabras *folie* y *sens* coincide bastante bien con la distinción que él propone entre juego y seriedad¹⁵. La repetición de los proverbios, más allá de ser portadora de una sabiduría popular innegable —reveladora de todo un estado de cosas—, tiene mucho de conjuro, por lo que es también un eco postergado de un particular ritual de exorcismo.

A principios de siglo, Durkheim señaló que todos los rituales que una comunidad elabora tienen, además de los significados específicamente asignados en cada caso (religiosos, lúdicos, militares...), un significado social integrador, en tanto que rituales mismos. A esta función socializadora que tienen los rituales por el solo hecho de existir hay que agregar una función que se da en muchas ocasiones. Una función didáctica más o menos explícita, puesto que los rituales suelen dramatizar o simbolizar (con mayor o menor transparencia) situaciones o conflictos sociales, que se manifiestan o resuelven, entonces, en un plano no conflictivo¹⁶. La fiesta de los locos, *festa stultuorum*, es el único espacio que permite la socialización de estos individuos que suscitan el temor y el rechazo más absolutos. Esta locura de carácter popular es regulada de manera civil. Es, sin duda, una representación importante, cíclica e institucionalizada de un aspecto de la locura colectiva, social y cívica que se plantea como una válvula de escape y se inicia con la excusa de que se trata de una locura colectiva. Un desorden generalizado que, al menos por unos cuantos días, consiente la risa y el escarnio de todo aquello que se considera respetable, venerable y serio; la tergiversación de las jerarquías, del orden social y, en definitiva, la generalización de la escatología.

De modo que además de ejercer de *homo nominans* y de *homo ludens*, esto es, de repetir una y otra vez, hasta la saciedad, esas verdades proverbiales y jugar con las palabras para designar la realidad que les rodea y les atemoriza, el *homo sapiens* necesita hacer ese viaje al otro lado para convertirse en *homo insipiens*, al menos una vez al año, para mantener su cordura.

ALGUNOS PROVERBIOS RELACIONADOS CON LA LOCURA:

“A barbe de fol aprent on a raire”, Morawski, 3.

“A connoistre fol ne convient pas p[r]endre labour”, Morawski, 20.

“A cognostre qui est folz n'estuet pas [prendre] cloche au col”, Morawski, 21.

“A foul fourmaige”, Morawski, 33.

“Au plus fol la machue”, Morawski, 186.

“Bele parole fet fol lié”, Morawski, 225 / Schulze-Busacker, 225

“Quant une dame est si cortoise/qu'a un maleüreus adoise/qu'ele li fet joie et acole./fos est liez de bele parole./si l'a an molt tost amusé”, Yvain, vv. 2463-2467

“Belle promesse fait fol lyé”, Morawski, 228.

“Bel promettre e nient doner fait fol conforter”, Morawski, 230/ Schulze-Busacker 230.

“Bone jornee fait qui de fol se delivre”, Morawski, 276.

esa locura, ésta sólo puede ser trágica, de ahí la extrema ambigüedad que caracteriza la actitud de todas las sociedades *vis à vis* de los dementes. Aunque a lo largo de toda la Edad Media se le rechaza claramente, ni se les encierra, ni se les caza. Por el contrario, se les exhibe como la imagen de una sombra que a todos nos amenaza, dándoles la palabra allí donde se le retira a todo el mundo, en las cortes de reyes y príncipes. En cualquier caso, hemos de tener siempre presente que el marginado se halla tanto en el límite exterior como en el límite interior de la periferia social.

¹⁵ Huizinga, *Homo ludens*, p. 40.

¹⁶ Juliano, “Cultura popular”, p. 46.

- "Ce esmeut ung fol que quarante sages ne pouroient apaisier", Morawski, 318.
 "Chastier fol est cous en yaue", Morawski, 367.
 "De bele parole se fet fos toz liez", Morawski, 458.
 "De bele promesse se fet fous tout lié", Morawski, 459.
 "De bel parler est fous avers", Morawski, 460.
 "De fole pansee vient fole paumee", Morawski, 489.
 "De fol et d'enfant garder se doit len", Morawski, 490.
 "De fol se deit len garder", Morawski, 491.
 "De fol home fol sunge", Morawski, 494.
 "En leu de saige meten fous en tauble", Morawski, 665.
 "En novembre foul engenre, en aoust gist sa femme", Morawski, 669.
 "En povre robe est li sages foz", Morawski, 680.
 "Fame de fol atour est arbeleste a tour", Morawski, 731.
 "Folle mere pour enfant", Morawski, 756.
 "Fous aime tençon", Morawski, 766.
 "Fous devise et Deus depart", Morawski, 767.
 "Fous dit kenques a la bouche li vient", Morawski, 768.
 "Fous est cis qui feme weut gaitier", Morawski, 769.
 "Fous est cis qui se mest en volanté d'autrui", Morawski, 770.
 "Fous est li hon qui se mest en enquete", Morawski, 771.
 "Fols est ki ce qu'il tient gete a ses piés", Morawski, 772.
 "Fous est qui queurt a meillor pain que de forment", Morawski, 773.
 "Foul est qui foul bouté", Morawski, 775.bufons?
 "Fous est qui ne aprant", Morawski, 776/Schulze-Busacker 776.
 "Fous est qui ne croit consoill", Morawski, 777/Schulze-Busacker 777.
 "Faus est qui s'ensegne lairra/Qui boin conseil croire ne veut/ C'est a boin droit se il s'en deut/Qui ot conseil s'il ne le croit", Guillaume d'Angleterre, vv.330-333.
 "Fol est qui plus despent que sa terre ne vault", Morawski, 778.
 "Fous est qui prant sor lui la maçe por autrui", és el cas de Tristany a les Folies, Morawski, 779.
 "Fous est qui se oublie", Morawski, 780.
 "Fous et avoir ne se peuent entravoir", Morawski, 781.
 "Fous et felons ne pueent avoir paiz", Morawski, 782.
 "Foul et foudre n'ameront ja qui bien leur conseille", Morawski, 783.
 "Fous fet d'um damage deus", Morawski, 784.
 "Fol home veies tient", Morawski, 785.
 "Fol marchant folement bargaigne", Morawski, 786.
 "Fol ne creit ne mais ço qu'il veit", Morawski, 787.
 "Fous ne crient devant qu'il prent", Morawski, 788.
 "Fous ne doute tant que il prent", Morawski, 789.
 "Fous ne voit en sa folie se sen non", Morawski, 790.
 "Fous ne voit que il boit", Morawski, 791.
 "Fous qui ne foloie si pert sa seson", Morawski, 792.
 "Fous se dort et terme aprouche", Morawski, 793.
 "Foul si despent et gaste quanqua gaingne li saige", Morawski,794/ Schulze-Busacker 794.
 "Li sages son fol pansé cuevre/et met, s'il puet, le san a oevre./Or vos gardez bien come sages/qui n'i lessiez la teste an gages./qu'il n'en panroient reançon", Yvain, vv. 1329-1333.
 "Fous s'i fie et musarz s'i atant", Morawski, 795.
 "Fous vait a cort sanz mander", Morawski, 796.
 "Fous va a plait s'on ne l'i mande", Morawski, 797.
 "Fous voit au vespre et sage au matin", criatures nocturnes, maldat, Morawski, 798.
 "Gran mestier a de fol qui de soi meisme le fait", Morawski, 820.
 "Gran n'est pas part,mais foul s'i fie", Morawski, 821.
 "Honny[e] soit manioie de fol et de enfant", Morawski, 848.
 "Honte est chapeaus au fol", Morawski, 851.
 "Il est foul qui en ribaut se fie", Morawski, 864.
 "Il est foul qui se prent o plus grant maistre de soy", Morawski, 865/Schulze-Busacker 865. Cligés, vv. 676-677.

- "Il folle beau qui folle par conseil", Morawski, 886.
 "Il ne convient pas a fol qu'on li pende cloche au col", Morawski, 897.
 "Il n'est mestier de pendre campane a coul a foul", Morawski, 912.
 "Il n'est si sages qui aucune fois ne foloit", Morawski, 942.
 "Il remaint moult de ce que fous pense", Morawski, 948.
 "Ja de boyssoun ne averez aulne ne de fol ami", Morawski, 964.
 "Geu de fol n'est prouz, car il fert tot", Morawski, 987/Schulze-Busacker 987.
 "Li fous ne prent garde ou il fert", Ipomedon, v. 8487.
 "Le pain au fol mengue on avant", Morawski, 1044.
 "Lerme de femme afole su bricun", Morawski, 1046.
 "Li fou[s] est coneüs sans campene", Morawski, 1084.
 "Maint fol a barbe", Morawski, 1152.
 "Main fol pest Deu, mainte fole a bele cote", Morawski, 1153.
 "Metez fol par soi, si pensera de soi", Morawski, 1230.
 "Mieus vaut bons taire que fous parlars", Morawski, 1254/Schulze-Busacker 1254.
 "Mestre, sovent fet cil qe sage/Ki set ben cuvrir sun curage,/Meint home en tel lieu se descovre/Ke meulz li vaudreit celer sa ovre;/Meins valt trop dire ke celer./Ki s'i savreit amesurer;/Cil ki mut parole sovent/Ne se pot astenir neent/Ke aucune feiz folur ne die./Le bel teisir est curteisie;/Le fous, se il parole tus tens./Aukune feiz ahurte a sens", Ipomedon, vv. 2624-2632.
 "Mult est fol, quant i[l] plut, qui de son bon ostel se mut", Morawski, 1311.
 "Muit est fol qui lessa saint Ma[r]tin por saolesse", Morawski, 1312.
 "N'a four baer n'a fol tencier", Morawski, 1325/Schulze-Busacker 1325.
 "Or dient tuit li chevalier,/Na fol baer, n'a fol tancier", Folie Tristan (Berna), vv. 194-195.
 "Ne viel n'enfent, femme ne fol ne servir ja, je te lo", Morawski, 1392.
 "Privez sire, faire fol vassal", Morawski, 1722.
 "Privez sire norrit fol", Morawski, 1723.
 "Prometre sanz donner est a fol conforter", Morawski, 1726.
 "Quant foul se rit, de folie luy membre", Morawski, 1738.
 "Quant fous voit taillier cuir, si demande corroies", Morawski, 1739.
 "Ki a fol s'acompaingne drois est qui s'en repente", Morawski, 1792/Schulze-Busacker 1792. Cligés, vv. 759-761.
 "Qui aura son foul si le lie", Morawski, 1828.
 "Qui bien set et le mal prent fous est tres naïv[e]ment", Morawski, 1848.
 "Qui boit e reboit trop fol se t[i]ent", Morawski, 1855.
 "Qui bonté fait a fol il pert sa peinne", Morawski, 1862.
 "Qui croit et aime fole famme. Il gaste avoir et cors et ame", Morawski, 1877/Schulze-Busacker 1877.
 "Qui delez fol s'assiet a(u) palmes s'en reliet", Morawski, 1895.
 "Qui foul a mestre foul ly estuet estre", Morawski, 1946.
 "Qui fol envoie a la mer n'i a ne pois[s]on ne el", Morawski, 1947.
 "Qui fol envoie fol atent", Morawski, 1948.
 "Ki fol norit, quan il vit, si len rit, quant murit, nen ne doele", Morawski, 1950.
 "Qui mius aime autrui que soi len le doit bien por fol tenir", Morawski, 1993.
 "Tant est foul saige comme il se taist", Morawski, 2293.
 "Terme vient et foul s'oublie", Morawski, 2325.
 "Un foul conseille bien ung saige", Morawski, 2450.
 "Volunté de folle et vache qui mouche sont trop fors a tenir", Morawski, 2498.
 "Vuide chambre fait fole dame", Morawski, 2500/Schulze-Busacker 2500.
 "Oïstes uncs la parole:/<<Vuide chambre fait dame fole./Aïse de prendre fait larrun,/Fole dame vuide maisun>>?", Tristan, Thomas (frag. Douce), vv. 371-376